

prioridades, niveles secuenciales de acción y propósitos en la vida.¹ Los elementos de la identidad pueden variar de manera significativa de un individuo a otro, pero en todo caso es posible realizar ciertas generalizaciones por grupos o estratos sociales con el fin de estudiar las relaciones en los conglomerados de la población.

Conforme a esta interpretación, el concepto de identidad es algo real, pero que no deja de tener un fuerte elemento abstracto de la caracterización y vida de una sociedad. Allí están sus elementos generadores y los que la retroalimentan, así como los resultados de la identidad o identidades que se tienen en un Estado-nación en particular, pero sus características son poco concretas y los indicadores valorativos deben establecerse de una manera más bien indirecta.²

La definición de desarrollo que aquí se emplea tiene un nivel general al reconocerse que el desarrollo de un grupo social o bien de un Estado-nación se basa en hacer real lo que ahora es potencial. Esto implica que las necesidades auténticas de los grupos o individuos se satisfacen mediante la utilización racional, es decir, sostenida, de los recursos y los sistemas naturales con base en una tecnología que no se contradice con los elementos culturales de los grupos involucrados. Esta definición general engloba los aspectos económicos, tecnológicos, de conservación y utilización ecológica, así como los sociales y políticos.³ Esto último porque al final se hará necesario, como mínimo, un sistema que permita la toma de decisiones entre los individuos.

Un sentido más particular de la definición del desarrollo establece que el mismo es la condición de vida de una sociedad en donde los bienes y servicios de su producción se encuentran crecientemente al alcance de los grupos sociales que la conforman. Esta característica implicaría una mayor integración social y económica dentro de las sociedades, a la vez que permiti-

1. Para una ampliación de esta base conceptual y una discusión de las incidencias de la identidad individual, de grupo social e influencias nacionales, véanse H. Haag, *De las entidades*, Zeugnisse, Frankfurt, Alemania, 1963; T. Adorno, *Negative Dialectics*, Nueva York, 1973, y J. Habermas, *On the Logic of Social Sciences*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1991, pp. 90-91, 170, 191. Para los fundamentos de la teoría social de la escuela de Frankfurt y de los aportes teóricos más conocidos de Habermas, véanse J. Habermas, *Crisis of Legitimacy*, MacMillan, Nueva York, 1992; B. Akzin, *Estado y nación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, y A. Bergesen, "Long Waves of Colonial Expansion and Contraction", en *Studies of the World-System*, Academic Press, Nueva York, 1984.

2. Para abundar en el tema de la concreción de conceptos sociales y sus indicadores o proceso de operativización, véanse P. Diesing, *How Does Social Science Work? Reflections on Practice*, University of Pittsburgh Press, 1991; G. Myrdal, *Objectivity in Social Research*, Phanthon Books, Nueva York, 1969, y R. Giere, *Understanding Scientific Reasoning*, Holt, Rinehart and Winston, Chicago, 1991.

3. Para una discusión más amplia sobre las definiciones de desarrollo y sus implicaciones en las esferas económicas, políticas, sociales y culturales, véanse D. Chiro, *Social Change in a Peripheral Society: The Creation of a Balkan Colony*, Academic Press, Nueva York, 1993; CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, Santiago, Chile, 1991, y E. Etzioni, *Social Change*, Basic Books, Nueva York, 1991.



a identidad y el desarrollo tienen repercusiones en la esfera económica. Así, a medida que los grupos dominantes tienen una mayor identidad propia, dentro de una concepción de sentido nacional, se tiende a generar una posición más proclive a la planificación y a la puesta en marcha y permanencia de un proyecto social como país

ría disminuir la existencia de grupos que viven en condiciones de marginalidad.

Por otra parte, el desarrollo establecería una condición de acceso a los servicios sociales y a la participación política. En el primero de los casos se hace referencia a los sistemas de educación y a la satisfacción de las necesidades de sobrevivencia en términos de alimento, vivienda, vestido, salud y seguridad. La participación política se refiere a la capacidad del individuo y de las instituciones sociales para garantizar que las agrupaciones de poder sean instancias de mediación entre los sujetos y los actores políticos, así como entre los individuos y los grupos sociales de la población.⁴

4. Para una visión comparativa acerca de los fundamentos conceptuales sobre el desarrollo y la teoría de la dependencia véase A. Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York, 1967. Para una categorización política y social sobre el desarrollo, especialmente en países subdesarrollados, véanse P. Hirst, *Social Evolution and Sociological Categories*, Allen Publications, Londres, 1986, y M. Moore, *Globalization and Social Change*, Elsevier, Nueva York, 1993.

Se mencionan también aquí los conceptos de las identidades propia y negociada y en ambos se hace referencia a características más específicas de la identidad cultural. En el caso de la identidad propia se entiende que ésta corresponde a un grupo social y se manifiesta en una vivencia de la misma con niveles más o menos claros de conciencia grupal para sí. Son los elementos valorativos de la vida diaria de un grupo que se sabe original, no por el grado de diferencia con el que su identidad se manifieste, sino esencialmente por lo auténtica o genuina que esa identidad resulte para el grupo y por su inserción en los conglomerados sociales más amplios.

Los indígenas guatemaltecos, los grupos indios de Brasil y los grupos de identidad cultural y religiosa de la India, ofrecen ejemplos de conglomerados con identidad propia. Son distintos, se perciben como tales, mantienen sus sistemas de valores —o al menos han dado evidencias de mantenerlos hasta ahora—, y no persiguen parecerse al “otro”, aunque reconocen la existencia de este último como tal.⁵

La identidad negociada se da cuando la misma, como conjunto de valores de un individuo o grupo social, no se percibe ni se vive como elementos culturales propios originales, sino como un proceso de asimilación en donde lo importante es la imitación. La concreción de esto es que estos grupos de identidades negociadas reconocen al “otro” y buscan en él los elementos que los validan. Muchos de los grupos dominantes en América Latina intentan parecerse a los modelos de vida estadounidenses y europeos. Reconocen en los grupos indígenas una identidad propia, pero generalmente se les ve con desprecio.

Cuando grupos con estas identidades negociadas tienen el poder político de una nación, se tiende a promover que la orientación de las costumbres, de los modelos económicos y sociales que se quiere establecer se basen en el proceso de imitación de culturas que en otra época o en la actual representan los centros metropolitanos de poder. Un ejemplo de ello es la añoranza de varios grupos latinoamericanos en general y brasileños en particular sobre el “abolengo” europeo que marcó la historia a partir del arribo de ibéricos al hemisferio occidental.⁶

Es a partir del reconocimiento de que los distintos grupos ya sea dominantes o dominados tienen en ellos una diferente “combinación” de identidades propias o negociadas, lo que va a influir en materia del desarrollo. De allí que se espera que los países seleccionados como casos de estudio presenten un contraste apropiado para resaltar los efectos de la identidad en el desarrollo de las sociedades.

5. Una ampliación del tema puede obtenerse en A. So, *Social Change and Development*, Newbury Park. Sage Publications, California, 1990; J. Knippers, *Development in Theory and Practice*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1991, y P. Preston, *Theories of Development*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1991.

6. Para discusiones de carácter histórico véanse D. Ribeiro, *Las Américas y la civilización*, Grupo Editor América Latina, Buenos Aires, 1985; B. David, *El nacimiento de los países latinoamericanos*, Bruguera, Madrid, 1989, y T. Halperin, *Historia de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.

COMPARACIÓN ENTRE LA INDIA Y BRASIL

Respecto a los aspectos similares entre Brasil y la India es posible advertir que ambas naciones tienen la posibilidad de contar con un amplio mercado de consecuencias significativas. Es cierto que en los dos países hay también mucha pobreza, pero son indiscutibles las potencialidades de una demanda efectiva, en términos económicos, por parte de la población. Debido a esto ambas naciones manifiestan tendencias importantes respecto a la atracción de capitales internacionales.

El aspecto clave es la capacidad de consumo de los conglomerados sociales grandes. Con sus cerca de 850 millones de habitantes, la India tiene una población mayor que la de todo el continente africano y sólo inferior a la de la República Popular China, con sus cerca de 1 200 millones de habitantes. Brasil, con base en proyecciones de incremento demográfico, contaba con aproximadamente 155 millones de habitantes a mediados de 1998.⁷

Ese gran tamaño de sus territorios y de sus poblaciones hace que la India y Brasil también tengan en común un peso significativo en la política internacional. De hecho ambas naciones han sido de los dirigentes más importantes, junto con México, Venezuela, Argentina, Indonesia y Egipto, de las acciones de los países del Sur, como el caso del llamado Grupo de los 77 y del Movimiento de Países no Alineados. En los esfuerzos actuales por modificar la estructura de la ONU, la India y Brasil disputan la posibilidad de ocupar un puesto permanente en el Consejo de Seguridad en representación de los países menos desarrollados.

Esas dos naciones también se caracterizan como centros regionales de influencia económica en las naciones vecinas. La influencia económica y política de la India en países como Bangladesh, Sri Lanka, Bután, Tailandia, Burma, Nepal, Tibet, Camboya y Pakistán, es un elemento clave para considerar al gobierno de Nueva Delhi como pieza imprescindible en la estabilidad del sur de Asia. La capacidad productiva y de demanda de bienes y servicios de la India es un aspecto de primer orden para comprender los mecanismos estructurales que en economía regional operan en el sur asiático.

Brasil, por su parte, representa aproximadamente 40% del PNB de América Latina. Su influencia económica y política ha sido y es un pilar importante del Mercosur, constituido en 1992, un tratado de integración comercial que relaciona a Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay.⁸

Sin embargo, además de las semejanzas, hay situaciones contrastantes entre la India y Brasil. El rasgo distintivo aquí es que aun cuando en ambos países hay una influencia determinante de los grupos de mayor dominio sobre otros subalternos, en la India aquéllos tienen más rasgos de una identidad propia, en tanto

7. Banco Mundial, *World Tables 1996*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1997.

8. Un resumen histórico y actualizado hasta inicios de los años noventa respecto al tema de la integración en América Latina puede verse en L. Rebolledo, *Esfuerzos de integración en América Latina*, Asociación de Facultades, Escuelas e Institutos de Economía de América Latina. Lima, Perú, 1993.

que en Brasil es más negociada. Los factores para que esto suceda no sólo son históricos sino también se relacionan con la cultura religiosa y laica.

En Brasil los portugueses se establecieron a partir de una sociedad europea que dio lugar a una generación criolla. Estos grupos mantienen su identidad cultural separada de los indígenas nativos y de aquellos subalternos que después se incorporaron como producto de las poblaciones de esclavos negros traídos de África. Con su inserción en los circuitos económicos internacionales Brasil buscaba expandir la capacidad de consumo y poder de los grupos dominantes, más que acrecentar las oportunidades para los grupos subalternos.

La ampliación del mercado interno brasileño fue una prioridad que se postergó de manera permanente. A ello se debe que este país tenga una menor cohesión social interna y que dentro de su constitución se pueda hablar de varias identidades, las que irían desde los grupos de indios yanomami, para poner el caso, hasta los de mayor poder económico de São Paulo, Río de Janeiro y Minas Gerais, pasando por las élites políticas de Brasilia y los grupos de marginados urbanos en las grandes ciudades.

En la India se aprecian patrones de dominación social y política, pero los grupos dominantes muestran una identidad más propia, con menos elementos de las identidades negociadas. El patrón de dominación tiende a generar más un aspecto de cohesión social interna con atributos de posiciones nacionalistas.⁹ Aquí los elementos surgen de los procesos históricos como producto del dominio británico que no llegó a establecer el mismo grado de relación étnica en la procreación de grupos sociales al interior de la sociedad, tal como se manifestó en Brasil o, más aún, en otras sociedades latinoamericanas en donde el mestizaje fue un fenómeno importante.

En la lucha de independencia de la India se emplearon los mecanismos de la movilización social y la resistencia basadas en un sentido de identidad propia con el país. Es cierto que estos sentidos de cohesión social también se pueden identificar en otros países, pero sus rasgos son más bien coyunturales y carecen de las características de estructuralidad que presenta la India en al menos varios de sus pasajes históricos.¹⁰

9. El sistema de dominación prevaleciente en la India tiene, entre sus elementos religiosos y culturales, la tendencia a formar más bien castas que clases o grupos sociales. Las castas estarían identificadas como niveles en la estratificación social, la cual no permite la movilidad. De allí que un individuo por lo general, y siguiendo el ordenamiento ortodoxo religioso de la India, no puede pasar de una casta a la otra. Estos aspectos están cambiando, pero se debe tener en cuenta que los proyectos más o menos nacionalistas se orientan a partir de la cohesión de poder en la sociedad. De otro lado es claro, por la experiencia histórica, que en América Latina, en muchas oportunidades, los regímenes represivos han utilizado el planteamiento del nacionalismo, especialmente en los años cincuenta, contra las posiciones comunistas y durante los sesenta y setenta en nombre de la doctrina de la seguridad nacional. Uno de los resultados más trágicos fue la intensa represión política desatada en el continente.

10. D. Held, *Modelos de democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1992; N. Keith, *New Perspectives on Social Class and Socioeconomic*

EFFECTOS DE LA IDENTIDAD Y EL DESARROLLO

La comparación entre la India y Brasil muestra a dos países donde es posible inferir repercusiones de la identidad de los grupos de poder en los procesos de desarrollo. Aquí de nuevo hay elementos comunes, como que ambas naciones no presentan grados de desarrollo superiores y arrastran problemas crónicos de subdesarrollo. En este último punto en ambos se identifican características de pobreza, marginalidad, carencia de servicios sociales y segregación social en los sectores urbanos y rurales.

Como se señaló, la identidad y el desarrollo tienen repercusiones en la esfera económica. Así, a medida que los grupos dominantes tienen una mayor identidad propia, dentro de una concepción de sentido nacional, se tiende a generar una posición más proclive a la planificación y a la puesta en marcha y permanencia de un proyecto social como país. En la India se buscó atender en mayor grado la promoción de las reinversiones de los grupos de mayor dominio económico y contar con los mecanismos que aseguraran, hasta cierto punto, la ampliación más dinámica del mercado interno.

La presencia de una identidad negociada coloca a Brasil en un patrón económico en donde los mecanismos de acumulación y de promoción económica se orientan de manera preferente hacia afuera. Esto correspondería a la inserción en los circuitos comerciales y financieros internacionales, lo que por otra parte es ineludible, en especial en el actual escenario de creciente globalización, pero esa inserción no incide mayormente en el aumento de la demanda efectiva.¹¹ De allí que los mercados internos tiendan a no completar el dinamismo que se deriva de los mercados internacionales y regionales en cuanto a constituirse también en parte de las fuerzas motrices del crecimiento económico.

Es más, en la medida en que destaquen las características de una identidad negociada, se hace presente una mayor tendencia al consumo suntuario importado, esto es, los grupos de mayor poder, dada su insistencia en "ser el otro", adquieren los patro-

Development in the Periphery, Greenwood Press, Nueva York, 1990, y M. Levy, *Social Patterns and Problems of Modernization*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1997.

11. Desde el punto de vista de la demanda efectiva de una población, el problema del subdesarrollo económico estaría caracterizado por el hecho de que una población con demanda real, en términos de los satisfactores sicobiofísicos, no cuenta con demanda efectiva en términos económicos. Es decir que tiene la necesidad de los satisfactores, pero no el dinero circulante para ir a los mercados y adquirir los bienes y servicios que requiere. Esta característica de poseer la necesidad real o concreta, pero no la demanda efectiva es el rasgo central de los grupos que viven en condiciones de marginalidad. Es posible que los mismos se encuentren dentro de la esfera de la pobreza no extrema cuando los ingresos les permiten conseguir el alimento mínimo, es decir, 2 700 calorías por persona por día, como promedio. O bien es posible que esos grupos marginados formen parte del sector de pobreza extrema, cuando sus ingresos no les permiten ni siquiera alcanzar los alimentos de la canasta básica.

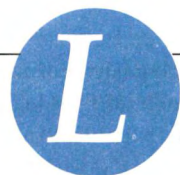
nes de comportamiento internacional. Éste es un factor, si bien no el único, de la fuga de capitales productivos y de la alta correlación en varias naciones entre crecimiento económico, patrones de concentración y viajes al extranjero de los grupos de mayor dominio. Un resultado colateral, aunque no por ello menos importante, es que la balanza comercial tiende a mostrarse más susceptible a presentar déficit en la medida en que se manifiesta un cierto crecimiento económico en una nación en particular.¹²

Un país como la India, con un sentido de identidad más propio, es decir, menos negociado, tendería a establecer un escenario de formulación y aplicación de la política económica con base en intereses más nacionales en una perspectiva no exactamente inmediata. Esto se asemejaría a la conformación de un proyecto social y aunque su establecimiento necesite de cierta cohesión en la sociedad, no por ello elimina los mecanismos propios de los sistemas de concentración de beneficios y de creación de condiciones para la marginalidad.

En el caso de Brasil, la identidad con mayores elementos negociados tiende a ampliar con más fuerza la brecha entre los sectores que se logran integrar a la nueva dinámica económica de mercado y los grupos que se van rezagando en condiciones de mayor marginalidad. Esto genera procesos que alientan las llamadas economías marginales o informales, especialmente en las ciudades, y la aparición de "bolsones" geográficos en donde persisten las formas de la economía campesina, especialmente dentro de los países. Es evidente que incluso en los patrones de aislamiento virtualmente total se dan casos extremos de marginalidad de los grupos indígenas del Amazonas, aunque también hay rasgos de ella en los sectores urbanos segregados de las grandes urbes, ya se trate de Río de Janeiro, São Paulo o Nueva Delhi.¹³

Un segundo aspecto de las relaciones entre identidad y desarrollo se refiere a las interacciones en la participación política. Ahí es posible presenciar fenómenos sociales vinculados con las organizaciones y la integración de los grupos poblacionales en la dinámica social de los estados-nación, ya sea en la toma de decisiones locales, regionales o nacionales, o bien en la influencia y respeto que los diferentes sistemas de valores culturales van a tener en un país determinado.

Los problemas sociales de integración y de participación política tienden a polarizarse en circunstancias en las que se imponen las identidades negociadas a partir de los grupos dominantes. Así, las instituciones democráticas y agrupaciones de poder tienden a ver limitadas sus capacidades de intermediación social. Un ejemplo concreto lo ofrecerían los partidos políticos, que en estas condiciones no representan en mayor grado las aspiraciones de los ciudadanos comunes. Si a eso se agrega el fenómeno del clientelismo partidario, cuando la agrupación llega



as diferentes
identidades, en
particular cuando
son contrastantes y
se presentan como
diferentes entre
grupos dominantes
y subalternos,
tienen importantes
repercusiones en el
desarrollo de los
países

a alcanzar determinada cuota de poder, las circunstancias generales agudizan la crisis de legitimidad institucional y de gobernabilidad de las sociedades.¹⁴

La legitimidad de los sistemas políticos se ve condicionada por los sistemas, al final basados en las culturas y la identidad, que separan o unifican a los diferentes grupos sociales. Aquí podría establecerse que en la India los elementos de una cultura que divide y segrega, basada en aspectos religiosos, puede

14. Una discusión y acercamiento teórico sobre problemas de representación, gobernabilidad y teorías del Estado se encuentra en A. Gramsci, *Escritos de la prisión*, Ediciones ERA, México, 1977; R. Bocoock, *Hegemony*, Beacon, Boston, 1988; J. Joll, *Antonio Gramsci*, Fontana, Madrid, 1977; O. Lewis, *La vida*, Secker, México, 1968; M. Slattery, *Key Ideas in Sociology*, Macmillan, Londres, 1991; E. Etzioni, *Social Change*, Basic Books, Nueva York, 1991; R. Friedrichs, *A Sociology of Sociology*, Free Press, Nueva York, 1970' y P. Hirst, *Social Evolution and Sociological Categories*, Allen Publications, Londres, 1986.

12. CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, Santiago, Chile, 1991.

13. J. Knippers, *Development in Theory and Practice*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1991, y P. Preston, *Theories of Development*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1991.

tener más "legitimidad" que un sistema más bien laico que también segrega, pero en el cual la lógica del "mercado" es la que se esgrime con mayor facilidad y frecuencia. Esto último afectaría a Brasil y se debe considerar que la legitimidad "económica" o legal en que se basan muchos de los sistemas políticos actuales, en donde los representantes son producto de eventos electorales, no llega a una "cohesión" de identidad más nacionalmente compartida, como es el caso relativo de la India.

En todo caso, tanto los aspectos económicos como los políticos son representaciones de un sistema de relaciones sociales entre los diferentes grupos. Éste sería el tercer aspecto del argumento del presente artículo. Aquí el enfoque es en la estructura social más general. Se tiende a señalar cómo los grupos dominantes con más elementos de identidades negociadas tienden a promover en mayor medida un sistema social de exclusiones permanentes respecto a los grupos dominantes con más elementos de identidad propia. Al momento en que los grupos de identidad negociada se niegan a reconocer una identidad más integradora dentro de sus sociedades, las posibilidades de la segregación social y de la discriminación cultural surgen como características evidentes de estos países.

A partir de ese reconocimiento de que lo "negociado" tiene el valor dominante y por alcanzar, se establece un patrón de políticas y de conducta en el que las culturas que pueden caracterizar a los grupos subalternos se perciben como negativas, como el "lastre" que el desarrollo debe eliminar. Son los indios la causa del subdesarrollo, son los grupos que no participan de los valores hegemónicos.

Sin embargo, aquí se reconoce que en no pocas oportunidades uno de los resultados es el inculcamiento de la víctima, al determinarse que muchos de los grupos subalternos conservan sus elementos culturales no sólo por motivos de identidad sino como mecanismos de sobrevivencia.¹⁵ En muchos casos es la sociedad dirigida por grupos dominantes la que desprecia los elementos de los grupos subalternos y, a la vez, no permite que éstos tengan acceso pleno a los beneficios de los sistemas nacionales, sea en lo económico o en lo social.

Cuando la identidad negociada prevalece en los grupos dirigentes, la tentación de no respetar los valores culturales subalternos tiende a imponerse; también se hace evidente la tendencia a lograr la "integración con diversidad". Los llamados pueblos-testimonio de América Latina —México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia—, dan un ejemplo claro de esto cuando se siguen los planteamientos de Darcy Ribeiro y sus propuestas de la interpretación histórica de América Latina. De estas condiciones surgen los fenómenos del racismo y de la segregación cultural y económica para muchos de los grupos que sobreviven en la marginalidad de los diversos países.¹⁶

15. Para discusiones y presentación de conceptos en relación con el desarrollo, la cultura de la pobreza y los factores estructurales y coyunturales de condiciones sociales, especialmente en relación con la cultura de la pobreza, véanse O. Lewis, *La vida*, *op. cit.*; M. Slattery, *op. cit.*; E. Etzioni, *op. cit.*; R. Friedrichs, *op. cit.*, y P. Hirst, *op. cit.*

16. D. Ribeiro, *op. cit.*, y B. David, *El nacimiento de los países latinoamericanos*, Bruguera, Madrid, 1989.

Lo que hasta aquí se ha expuesto en términos de las condiciones sociales generales respecto a la identidad y el desarrollo tiene un enfoque estructural. No obstante, en determinadas coyunturas crece la necesidad de legitimidad para los grupos dirigentes y para los actores-sujetos que retienen un poder formal. Si bien es cierto que no siempre se puede contar con un proyecto nacional, en determinadas ocasiones los gobiernos saben que un llamado a la unidad nacional con un objetivo claro (un desastre, un enemigo común, guerrilla o narcotráfico) puede generar un clima, aunque no permanente, de cierta cohesión social que permita la "salida" de ciertas crisis.

En esas condiciones, a quienes no estén de acuerdo con la concepción y las acciones de la "emergencia" nacional se les tildará de enemigos, ya no de los grupos dominantes o de los actores-sujetos del poder formal, sino del país como entidad integradora única.

En la India ejemplos de estos llamados a la unidad nacional pueden relacionarse con el asesinato de sus dirigentes políticos; en América Latina con el asunto de las islas Malvinas de Argentina, la lucha contra la delincuencia común en las favelas de Río de Janeiro a principios de 1995 y la disputa territorial de Guatemala con el Reino Unido por Belice.

CONCLUSIONES

La identidad de los grupos sociales que conforman un Estado-nación puede no ser similar e incluso hasta excluyente en sus fundamentos culturales y sus prácticas concretas. Sin embargo, las diferentes identidades, en particular cuando son contrastantes y se presentan como diferentes entre grupos dominantes y subalternos, tienen importantes repercusiones en el desarrollo de los países.

En el sentido económico, la identidad afecta la estructura de producción tal y como históricamente se va definiendo, así como aspectos macroeconómicos relacionados con la conformación y monto de las importaciones, la balanza comercial de los países y la generación de grados específicos de dependencia económica.

En la medida en que los grupos dominantes manifiestan un mayor sentido de identidad propia y menos negociada, se tiende a promover procesos que pueden resultar en una relativamente menor vulnerabilidad económica externa.

En el aspecto de la participación social y política, los grupos subalternos tienden a sentirse más marginados y separados de los procesos y mecanismos de la toma de decisiones en escala nacional, a medida que los grupos dominantes presentan más los rasgos de una identidad negociada. Esto erosiona, por lo general, los procesos generadores de una identidad nacional en el corto plazo, la legitimidad de las instituciones del Estado y la representatividad concreta de los sujetos-actores del poder formal. Algunas manifestaciones de las formas de dominio y hegemonía de los grupos de mayor poder, cuando tienen fuertes atributos negociados, son el racismo étnico, la segregación cultural y la marginalidad económica. 